de la mortaja y encierro de aquel funesto calaboço. Vinieron los ministros de aquella obra de misericordia con los deudos del difunto, y informados del mal olor con que le havia dexado la ausencia del alma, sin reparar en verle, cargaron, con toda la priessa que pudieron, del muerto vivo, supliendo el peso con que un finado echa menos el alivio de los espíritus vitales, el hierro de sus prisiones, y sirviéndole de moços de silla los que imaginavan eran sucessores de Tobías, en dar descanso á los difuntos. En fin, luego que se vió en lugar seguro, cercado de cirios y colocado en la iglesia, no gustando de la música que los clérigos le hazian les pagó los villancicos de *requiem*, en el espanto de su vista.

"Si fué este caso digno de celebrarse, dígalo la risa de los circunstantes y el gusto con que vosotros le havéis oído, que yo, por abreviar, concluyo con que viniendo á noticia del Virrey le cayó tan en gracia, que embiando por él me le pidió para tenelle en su servicio, restituyéndome las joyas, dineros y macho que tenia embargados la justicia, y mandando aplicar para Carrillo los cuatrocientos escudos, herencia del gavacho y hallazgo de los cuadrilleros en el tronco del castaño donde yo los dexé. Sacaron del poço el verdadero muerto, enterrándole. Casóse Marco Antonio. Quedó segura y contenta Estela. El Virrey, más inclinado á su favor y con nueva obligación después de haver sido su padrino. Huvo fiestas, saraos y entretenimientos dignos de los dos consortes y á satisfación de toda aquella ciudad, tan estremada en ellos. Bolvióse Próspero á embarcar desde Valencia, sin esperança de satisfazer su agravio. Quedó el noble viejo ufano y seguro de los cuydados en que pone la elección de un hierno, los hermanos con uno más en su casa, conforme en todo á su calidad y inclinaciones generosas, y unos y otros, haziéndome mil géneros de regalos y caricias, apercibiéndome cartas que llevasse á Nápoles, de todos, á los nuevos suegros; y yo, entre todas estas comodidades, más zeloso y más amante de mi Lissida.

"Doze días estuve, desde los alegres desposorios en Barcelona, acudiendo las más noches á la posta, de secreto, á la Quinta de don Garcerán, donde viendo ya en perfeta salud á don Dalmao, diligentes á sus contrarios en su busca y de doña Dionisia, apresuré mi embarcación no pudiendo Marco Antonio, ni siendo justo, dilatarla. Escrivió á sus padres conmigo, nombrándome, á persuasión mía, don Jacinto; regalóme Estela con joyas, ropa blanca y llorosos despedimientos que acompañaron don Guillén y sus hijos, grangeando en ellos amor de hermano. Y, en fin, una noche, acomodada para nuestro viaje, entrando en mi galera vestidos de peregrinos Dionisia y Dalmao en compañia de otras tres de Sicilia, dimos lienço al ayre y remos al agua, como yo pausa á este discurso, remitiendo, lo que falta, á la discreción de doña Dionisia, y sirviéndonos de entremés desta comedia la comida que nos espera y los alientos deven de admitir agradecidos.,,

No sé si les pareció á todos apresurada la comida, ó si la perdonaran entonces porque no cortara el hilo don Juan á sus acaecimientos, según el gusto con que los dexó la variedad de accidentes en ellos; pero sé que cuando ivan á celebrar el conversable estilo y la caudalosa memoria que con tanta orden se los fué guisando á la lengua, sintieron que con diversidad de dulces instrumentos baxavan de aquellos frondosos y entretegidos artesones y parrales, por las cuatro esquinas, en cuatro nuves (sutil imitación de las verdaderas) otros tantos muchachos, ángeles en la forma, hermosura y alas, que estendiendo cándidos y alemaniscos manteles sobre mesas de jaspe y mármol, antes que se començasse la referida historia, en aquel deleytoso sitio prevenidas, sembrándolas de rosas y saliendo improvissadamente cuatro fuentes de aguas olorosas de azahar, y ángeles, los combidaron á que tomassen aguamanos. Acomodando cria-

dos los assientos para todos, y ocupándolos las damas y cavalleros, les sirvieron una comida tan regalada, que si faltaron las margaritas de Cleopatra, salsa de la sobervia de Marco Antonio, lo esquisito de [H]eliogábalo y y lo boraz de Vitelio, huvo lo curioso y deleytoso destos, y menospreció lo pródigo y vicioso. También se les hizo á las almas su banquete, pues á los oídos les ministraron platos de músicas diestras, ya profundas y ya alegres, entre las cuales me acuerdo se cantó este Romance:

ROMANCE

A las niñas de Alcorcón
les cantava Paracuellos,
mientras se juntan al bayle
debaxo el olmo, estos versos:

Fuérame yo por la puente,
que lo es, sin encantamento,
en Diziembre, de Madrid,
y en Agosto, de Rioseco.
La que haziéndose ojos toda
por ver su amante pigmeo
se quexa dél porque ingrato
le da con la arena en ellos.
La que la vez que se assoma
á mirar su rostro bello
es, á fuer de dama pobre,
en sólo un casco de espejo.
La pretina de jubón
que estando de ojetes lleno
cual pícaro, no trae mas
que una cinta en los grigüescos.
Por esta puente de anillo
passé un disanto, en efeto,

aunque pudiera á pie enjuto
vadear su mar Bermejo.
Reíme de ver su río,
y sobre los antepechos
de su puente titular
no sé si le dixe aquesto:
— "No os corráys, el Mançanares;
mas ¿cómo podréys correros,
si llegáys tan despeado
y de gota andáys enfermo?
„Según arenas criáys,
y estáys ya caduco y viejo,
moriréys de mal de orina
como no os remedie el cielo.
„Y en fee de aquesta verdad,
azadones veraniegos
abriendo en vos sepulturas
pronostican vuestro entierro.
„Postilando vays vuestra agua,
y por esta causa creo
que con Xarama intentó
Filipo, daros comento.
„No lo executó por ser
en daño de tantos pueblos,
mas como os vió tan quebrado
de piedra os puso el braguero.
„Título de venerable
merecéys, aunque pequeño,
pues no es bien viéndoos tan calvo
que os perdamos el respeto.
„Como Alcalá y Salamanca,
tenéys (y no soys Colegio)
vacaciones en verano
y curso sólo el invierno.
„Mas, como estudiante floxo,
por andaros en floreos,

del Sotillo mil corrales
afrentan vuestros cuadernos...
,,Pero dexando las burlas
hablemos un rato en sesso,
si no ya que os tienen loco
sequedades del celebro:
,,¿Cómo, dezid, Mançanares,
tan poco medrado os vemos,
pretendiente en esta Corte
y en Palacio lisongero?
,,Un siglo y más ha que andáys,
hipócrita y macilento,
saliendo al passo á los Reyes,
que tienen gusto de veros.
,,Alegar podéys servicios;
díganlo los que havéys hecho
en essa Casa del Campo,
sus laberintos y enredos.
,,Su *Troya burlesca* os llama
hombre sutil y de ingenio,
sin que su artificio embidie
los del Tajo y su Juanelo.
,,En azafates de Mayo
presentáys á vuestro dueño
flores pancayas que en frutas
convierte después el tiempo.
,,¿Qué es la causa, pues, mi rio,
que tantos años sirviendo
no os den siquiera un estado
que os pague en agua alimentos?
,,Filipo os quiso hazer grande
después de haveros cubierto
delante dél con la puente,
y él mismo os puso el sombrero.
,,Pedilde al Cuarto mercedes,
que otros han servido menos

y gozan ya más estados
que cuatro poços manchegos.
,,No soy (diréys) ambicioso;
mas á fee, aunque os lo confiesso,
que andáys siempre murmurando
por más que os llamen risueño.
,,¡Ánimo, cobarde río,
quebrantad vuestro destierro,
y pues rondáys á Palacio
entráos una noche dentro!
,,Fuentes tenéys que imitar,
que han ganado con sus cuerpos
(como damas cortesanas)
sitios en Madrid sobervios.
,,Adornadas de oro y piedras,
visitan plaças y templos,
y ya son dos escrivanos,
¡que aquí hasta el agua anda en pleytos!
,,No sé yo por qué se entonan,
que no ha mucho que se vieron
por las calles de Madrid
á la vergüença, en jumentos.
,,Más dixera, á no llegar
con dos cargas de pucheros
Bertol, y ansí por los propios
dexo cuydados agenos.,,

Con estos y otros entretenimientos aumentavan la sazón á la comida. hasta que llegaron los postres. Y satisfechos con ellos, levantaron los manteles, quedando otros debaxo, sobre los cuales llovió repentinamente tanta diversidad de confitura de las cuatro nuves, que assombrara la tempestad á las damas, si no experimentaran el deleite que interessó el gusto de su regalado torbellino, porque imitando propíssimamente los truenos de las verdaderas, arrojavan, en vez de rayos, bocados de

conservas diferentes, en tanta multitud, que alcançaron no sólo á todos los combidados, pero á los que servian y á cuantos de aquellos Cigarrales convezinos havian acudido á la fama liberal de don Juan de Salcedo. Cessó la confitada borrasca, sin que huviesse quien la conjurasse, ni sacristán que se atreviesse á tocar á nublo; antes, á serles permitido, hizieran processiones porque se continuasse. Y baxando de la misma suerte que al principio los cuatro angelillos, desnudaron las messas. Quedándose los combidados en la misma postura que cuando don Juan dió treguas á su peregrina historia, desaparecieron las fingidas nubes con alabança de los circunstantes, que atajaron los músicos con este Romance:

ROMANCE

Cuando la mulata noche,
con sus higas de azavache,
sale á estrellarse con todos
lleno el rostro de lunares;
Cuando brujas y lechuzas
á lustras tinieblas salen,
á chupar lámparas, unas,
y otras á chupar infantes,
Me salí confusso y triste
á buscar un consonante
¡forçosa pensión de aquellos
que comen uñas y guantes!
Los ojos puse en la Luna,
y vi que estava en menguante,
porque tuviesse mi bolsa
con quien poder consolarse.
Pero divertióme della
un *ce! ce!* que por celages
de un manto, fué Celestina,
creyendo yo que era un ángel.

Conocí que era muger,
si ansí merece llamarse
una cara Polifema
y unos ojos Sacripantes.
Travamos conversación,
porque quisiera travarse,
no siendo de Calatrava
á un doblón Avencerraje.
Brindóme con una mano,
y á fee que bastó á picarme,
pues topé cinco punçones
en vez de cinco dedales.
Desde la mano á la boca
quise hazer un passacalle
cuya población ha messes
que ya por el suelo yaze.
Manoseé las mexillas,
y fué dicha no lisiarme
en dos juanetes buídos
entapizados de almagre.
Topé luego la nariz,
y, ¡por vida de mi madre,
que ella me topó primero,
aunque estava bien distante!
Tenté los baxos países,
mas no topé los de Flandes,
sino en dos piernas cordeles
dos cenogiles bramantes.
Halléme en un cimenterio,
y lloré que me tentasse
como pecador novicio,
con solos huessos la carne.
Bolvíla, en fin, los talones,
y picando de portante
me crucifiqué la frente
con más de dos mil señales.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Llegué á casa, y buelto en mí
vine á hazer pleyto [h]omenage
¡de no alambicar conceptos,
ni buscar más consonantes!

Con el fin deste Romance dieron todos principio á su sossiego, treguas á los sentidos y permissión al sueño, que combidado del calor y con humos de valiente (nacidos de la abundancia del combite) prometió divertir congojas de la fiesta por un hora, enagenando el sentimiento. Aceptaron las damas y cavalleros el partido, y en bóvedas distintas acomodadas para este efeto, y frescas, pagaron de contado en moneda de quimeras acuñada en el entendimiento que siempre vela, este censo cotidiano con que Naturaleza nos hizo sus pecheros. No durmieron todos, pues unos jugando ajedrez, otros trucos y tablas, y algunas damas cogiendo flores, tegiendo guirnaldas y cantando letras, ahorraron el sueño para la noche porque con más aliento satisfaziessen por junto aquel ayuno. Las tres serian cuando acabaron de comer, y cerca de las cinco cuando don Juan entró á despertar los varones y Lisida á las damas, agradeciéndoselo unos y otros. Y despidiendo las reliquias que en los ojos havia dexado aquel pesado huésped, con refrescarse en los cristales de las juguetonas fuentes,—que hasta en esto tiene el sueño parentesco con el vino, pues afrentosamente rinde las fuerças al agua,—combocados, pues, todos al lugar primero, hizo don Juan que coronada la Peregrina hermosa, de jazmines y claveles, se assentasse en la suprema silla, y á sus lados, él y su querida prenda, con guirnaldas: Lisida, de murta, retama y madreselva, y don Juan, de laurel.

Sin aguardar Dionisia á que se lo rogassen, por mostrarse más liberal, dió principio á la mitad de la nobela que se le encomendó—si es bien dar este nombre á sucessos verdaderos—desta suerte:

"Felicíssima navegación tuvimos los cuatro días primeros, olvidados todos con la prosperidad presente de la desdicha futura, heredera forçosa de todos venturosos principios. Desde el punto que nos embarcamos, por estorvar inconvenientes peligrosos nos aconsejó don Juan á don Dalmao y á mí passássemos plaça de hermanos, aunque si reparáramos en historias divinas pudiéramos escarmentar en Abrahan y Sara, Isaac y Rebeca: aquéllos, tenidos por hermanos de Faraón, Rey de Egipto; y éstos, de Abimelec, Rey de Palestina; cuyo fingimiento—á no tener por defensor al cielo,—les costara lo que á mí, si él mismo no me librara. En fin, con este título nos respetaron todos los navegantes. Y el Capitán de nuestra galera, desacomodándose de la cámara de popa por hospedarnos á los tres en ella, no tanto por cortés, cuanto por amante, mostró en poco tiempo lo uno y lo otro. Havia éste puesto en mí los ojos desde el primero día que nos embarcamos, sin que desacreditasse la hermosura que me atribuyen (no sé yo por qué) el mareo, desaliño, y mala disposición con que trata el mar á sus visoños. Y puesto que no se atrevió á darme cuenta de sus ruines propósitos, fueron creciendo cada día—según después me afirmó,—de suerte que al cuarto de nuestra bonança era incomportable la tormenta con que los desseos torpes le desassossegavan el alma.

"Píntase de ordinario el Amor, niño. Pero en braços de los zelos y á los pechos de la sospecha, crece en términos breves de suerte que passando desde la cuna á la estacada y de las mantillas al arnés, puede competir con el mayor gigante. Digo esto, porque creyendo el Capitán dicho que don Dalmao y yo éramos hermanos, y viendo el amor, caricias, y respeto con que tratávamos los dos á don Juan en quien consistia nuestra vida, libertad y sossiego, tuvo por averiguado que ó era mi esposo ó esperava serlo en desembarcando, encubriendo con el trage peregrino alguna violencia amorosa ó algún peligro que nos desterrava de España; respeto

de lo cual, acertando sus zelos en el sugeto, aunque no en la sustancia, dieron tanto brío á su amor, que se determinó con libertad soldadesca á quitarle la vida y con ella los estorvos que no hazia y sospechava. Dissimuló, cauteloso, este veneno hasta hallar ocasión en que aprovecharle, assegurándonos con todos los regalos que permite la descomodidad de aquella abreviada confussión y calaboço marítimo. Pero ofreciósela la fortuna, tan á medida de sus desseos, que á no cortarles el hilo, si no mi dicha, mi inocencia, poniéndolos por obra pusiera fin, con mi vida, á mis persecuciones.

"Fué, pues, el caso, que cansado el mar del buen recibo que nos havia hecho, nos enseñó la cara que acostumbra el que tiene huéspedes contra su voluntad y dessea desembaraçar la possada. Al quinto día levantó una tormenta tan repentina y peligrosa, que sin ser possible valernos de las velas ni remos para tomar la tierra á cuya vista navegamos, nos echó á la mar y desconservó las galeras de suerte, que hallándonos engolfados con la poca seguridad que prometen los baxos bordes de semejantes vasos, perdiendo de vista la luz del fanal con que ya anochecido nos animava la capitana, desatinados pilotos, oficiales y marineros, desmayadas las mugeres y ensartando plegarias los passageros, si no tragamos la muerte, sí, á lo menos, los jaraves della, poco menos amargos, pues nos forçó á echar á pechos los de sus olas, no recetadas por onças, sino por quintales de dilubios de agua de su peligrosa botica. Contáraos yo una mortal tormenta si les fueran permitidos á mi sesso los términos propios de escotas, tricas, trocas, estanteroles, filaretes, izar, amaynar, etc., con que se govierna aquella inanimada bestia, y no fuera tan usado, y, por el mismo caso, fastidioso, pintar cuantos cuentan navegaciones y escriven historias, naufragios prodigiosos y acaecimientos espantables, con que cada día se haze más insolente, aunque menos temido, este revelde elemento. Pero contentáos con saber que aunque la tormenta que padecimos no duró más que lo que tardó en despertar el alva, fué de suerte que no la padecieron mayor en su vida los más experimentados, según nos afirmavan después. Llovió al amanecer con tanta abundancia, que vastó el agua dulce del cielo á desenojar la amarga del mar. ¡Secreto de Naturaleza, no sabido entre los muchos que aquel profundo esconde, allanarse, con el agua de las nuves, las montañas de ondas, si ya no es que reconociendo éstas el deudo y parentesco que desde su creación tienen con aquéllas, las den la vienvenida, alegres por vellas tan mejoradas, que haviendo poco que salieron en vapores, buelven en cristales y se reciben de paz!

"Calmó el viento, y con él los temores de todos, con tanto olvido del passado peligro como si huviera soñado ó no estuviéssemos en el mismo riesgo cada y cuando que al viento se le antojasse y el mar se ensoberveciesse. Jamás vi el placer tan cerca del pesar, ni por el contrario, la seguridad tan inmediata al temor, como en las navegaciones. En un instante ven la muerte á los ojos, dan gritos, invocan santos, hazen promesas, se abraçan unos con otros, se confiessan y se despiden; y en otros, se dan parabienes, cantan, ríen, juegan, y comutando los votos lícitos en los vedados por el segundo mandamiento, no se acuerdan más de los que prometieron que si con la tormenta se le[s] huviesse ido la memoria.

"Con la luz del día nos hallamos á vista de Cerdeña, sin saber el parage de las otras tres galeras de su conserva. Y el Capitán, revocando los buenos propósitos que (á mi parecer) havria hecho con el temor de la muerte, alçó el destierro á los torpes y malintencionados, resolviéndose de dársela á don Juan y assegurar con ella sus celos engañados. Para ponella, pues, en execución más á su salvo, después de haverse congratulado con nosotros y encarecido la dicha de haver escapado de tan conocido peligro, nos dixo, para alentar á

Clavela (que con este nombre encubrí desde que me embarqué, el propio) y restaurar los alientos que desmayó la passada borrasca:

—"Tenemos en galera poca comodidad de regalos, y suficiente en estos isleos que despoblados median entre nosotros y Cerdeña, porque están todos llenos de venados, liebres, conejos y cabras monteses. Yo no tengo orden de surgir en parte alguna, si no es en Nápoles, pena de la vida. Respeto de lo cual, me determino dar fondo al pie desta más cercana isleta y saltar en ella con el vatel en compañia de don Jacinto y media dozena de soldados, para comprar de aquellos vosques, á precio de valas y pólvora, caça. que nos refresque, quedándose Valerio (que assí quiso llamarse mi amante) con su hermana.,,

—"No, señor, (dixe yo). Si queréys que la merced que nos hazéys sea cumplida, no nos llevéys á don Jacinto, que tendremos mi hermano y yo por segunda tormenta el carecer de su apacible compañia cualquiera breve tiempo; fuera de que está tan mal tratado de la passada, que os puede servir de escusa.,,

"Agradeciómelo don Juan, y afirmóme que el mayor reparo de su salud y gusto consistia en saltar en tierra ofreciéndose de acompañar al Capitán, el cual, acreditando sospechas con estos á su parecer favores, acabó de persuadirse en que era mi amante y de determinarse en sacarle del mundo. Echaron el vatel al agua. Saltaron en él seis forçados, seis soldados con arcabuzes, don Juan, y el Capitán engañoso, quedando yo con don Dalmao casi adivinando lo que havia de suceder, aunque por inorar los torpes disignios de su enemigo, confusamente pronosticava desgracias sin saber á quien atribuírselas.

"Ellos, en efeto, llegaron á la despoblada isleta, siendo don Juan el primero al saltar en ella, y tras él, el Capitán y dos camaradas suyas. Descubrieron entonces, los que quedavan y ivan ya á seguirlos, hasta ocho galeotas berberiscas y cuatro saetias que haviendo padecido la misma fortuna que nosotros, se reparavan en aquellos isleos, haziendo agua y cazando con la seguridad que suelen. Dieron vozes, en viéndolos desde el vatel, los soldados y remeros á su Capitán para que se recogiesse con tiempo á la galera, porque estava aquel mar lleno de cosarios. Y hízolo él tan aprissa, que sin dar lugar á que don Juan saltasse en la falúa, se quedó en la playa pidiendo á vozes á los que bogavan bolviessen por él. Pero haziéndose sordos, y llegando á la galera, çarparon ferros; y tocando á leva á costa de las miserables espaldas de los galeotes, vozes de los cómitres y escasa ayuda de un abaro viento, sin atreverse á hazer á la mar, por la ligereza con que temimos nos havian de alcançar aquellos sacres marítimos, enderezamos la proa á Cerdeña, que, como os dixe, estava á poca distancia. Y aunque ya nos davan alcance y llegavan con los tiros casi á nuestro leño las cuatro saetias y tres galeras,—que fueron las que con más brevedad pudieron apercevirse para seguirnos,—quiso el cielo que entrássemos en el puerto de Caller, metrópoli de aquel Reyno, y metiéndonos debaxo de la artilleria del castillo, se dieron los isleños tan buena maña, que barrieron con ella todo lo que pudieron alcançar sus escobas de fuego.

"Mucho devo á mi memoria, pues la tuve en aquella ocasión para conservar lo que acabo de referiros, estando entonces tan sin ella, para acordarse más que de mis desdichas y multiplicar lágrimas á los ojos, suspiros al coraçón y ansias al alma, todas cifradas en la pérdida de don Juan. Havíamosle oído desde la galera pedir socorro á los del vatel, y don Dalmao y yo dádoles no pocas vozes para que le favoreciessen. Pero sin hazer caso de unos ni otros, entró el Capitán con sus camaradas y soldados en la galera, dando por escusa el peligro evidente que amenazava cualquiera dilación, pues aun sin ella se hallavan casi cercados de turcos, y que menos importava que salvándonos todos cautivassen á uno que

no por socorrelle perdernos unos y otros. Escusa fué suficiente para cuantos la oyeron y, viendo el peligro al ojo, ignoraron la malicia interior de quien la propuso, sino fué para mí y don Dalmao, que estuvo por echarse á nado tras él siguiendo su misma fortuna; y lo hiziera, á no detenerle mi amor y la resistencia de los que juzgavan á temeridad amistad tan verdadera. En fin, don Juan, rezelando su muerte ó cautiverio, se emboscó por lo más áspero y intrincado de aquellas selvas, y nosotros, huyendo lo mismo, llegamos, como he contado, al puerto de Caller; don Dalmao desesperado, yo sin sesso, todos con lástima, y sólo el Capitán vestida el alma de esperanças, el coraçón de regozijos, los ojos de ternura y la lengua de engaños.

"Luego, pues, que nos vimos, mi amante y yo, surgidos y seguros de los cosarios — aunque llevándose consigo, como creímos, á nuestro don Juan, no sé si trocáramos nuestra libertad por su cautiverio,—sin saber determinarnos en lo que havíamos de hazer, (pues proseguir con nuestra navegación á Nápoles, faltándonos el apoyo de tal amigo era sin fruto, bolver á España peligroso, quedarnos en aquel pobre y estraño Reyno, miseria conocida), rogamos al Capitán nos echasse en tierra porque desde ella hiziéssemos las diligencias possibles y supiéssemos si don Juan estava cautivo, ó, con el favor de aquellas espesuras y asperezas, se havia escapado, para que, siendo ansí, le hiziéssemos traer á aquella ciudad; el cual, viendo nuestra resolución y teniéndola él de descubrirnos sus dess[e]os, nos dixo:

— "Primero, gallardos peregrinos, que os proponga los propósitos que tengo de vuestro socorro y mi sossiego (que todo ha de ser uno) havéys de hazerme merced de declararme, sin engaño ni fingimiento, vuestra patria, calidad, y la ocasión deste viaje, asseguréndoos con las veras que puedo y el crédito de un hombre bien nacido merece, que la afición que os he cobrado es tanta que arriesgaré por vosotros la vida, la hazienda, y reputación,

sin que en esta parte podáys echar menos la presencia de don Jacinto, tan llorado de los dos y sentido de mí.,,

"Agradecímosle la cortesia de sus ofertas, no conociendo el engaño que ocultavan. Y respondiéndole don Dalmao, le dixo:

— "De la nobleza, señor Capitán, que havemos experimentado de vos, son tan propios efetos los que nos havéys declarado, que cuando no los propusiérades, estavan manifiestos por sí mismos. La información que nos mandáys hazer, os la diera yo obligado á vuestra generosa cortesia, cuando no nos la preguntáredes, y fiara della cualquiera riesgo que corriera el descubrírosla. Clavela y yo somos catalanes, naturales de Lérida, y hijos de un cavallero vezino suyo y estimado en ella por noble y apacible. Murió havrá un año, y con él la esperança que teníamos de que premiando el Rey los servicios que sus hazañas atesoraron en Flandes y Milán, librando en ellos el dote de mi hermana y mi herencia, correspondiera lo uno y lo otro á nuestra calidad. Partí á la Corte, cargado de papeles y necessidades, donde, pretendiendo dos meses y enfadado de la pereza con que caminan en ella despachos de pobres, sintiendo la falta que hazia mi presencia á la pobreza y hermosura de mi hermana, tan ocasionadas una y otra para cualquiera entretenimiento, determiné dar buelta á mi tierra. Grangeé, el tiempo que estuve en Madrid, la amistad de don Jacinto de Cárdenas, tan á provecho nuestro, que viendo mi resolución, lo mal que se despachavan mis negocios, y la poca mano que nos dava la fortuna para passar la vida decentemente, me aconsejó le acompañássemos á Nápoles, para donde estava de camino, á instancia de su Virrey, deudo suyo y desseoso de su acrecentamiento. Prometió favorecernos con él. Y yo, que tenia experiencia de su nobleza y liberalidad no cifrada en palabras de cumplimiento, las admití, bolviendo con él á Cataluña. Llegamos á Lérida. Dile parte á mi hermana de mi determinación. Apoyóla don Jacinto con

tantas muestras de cumplir lo ofrecido y tanta largueza en acomodar nuestro viaje, que acreditó con ella la esperança de lo demás. Embarcámonos juntos en vuestra galera, en el trage peregrino que nos veys, por ganar en él las gracias que Roma concede á los que visitan sus estaciones. Amávamosle los dos, ya no tanto por la utilidad que se nos havia de seguir de su conocimiento, cuanto por los méritos que en su cortesia, valor y apacibilidad descubrimos. ¡Hánosle quitado el cielo! ¡Desdichas nuestras lo merecerán, y pecados míos, de quien participa mi inocente hermana! Mirad, señor, cuán á buen punto llegan las hidalgas ofertas que nos hazéys, y cuán justo es el sentimiento que mostramos por tal pérdida.,,

"Cessó don Dalmao, y acabó de persuadirse el sospechoso amante de que don Juan y yo nos amávamos, diferentemente de como mi fingido hermano havia referido; porque no pudo persuadirse á que huviesse liberalidad tan desinteressable, que, sin otra grangeria que hazer bien, se cargasse de amigos necessitados. ¡Baxeza de ánimos plebeyos! ¡Como si el beneficio no se truxesse consigo la paga, ó no huviesse dicho la Primera Verdad que era cosa más bienaventurada el dar que el recibir! El, en fin, dió por bien empleado el cautiverio de su competidor y nos dixo, en breves razones, que diéssemos gracias á Dios de que ya que nos havia desvaratado la confiança puesta en aquel cavallero, le huviesse movido el coraçón á él para sucederle en ella, que desde el primero día de nuestra embarcación me havia mirado con tanta voluntad, que cuando yo fuera quien mi hermano dezia y mi divina hermosura (ansí la llamava él) acreditava, creciendo su amor cada día en infinito, estava determinado de pedirle, en llegando á Nápoles, convirtiesse su militar professión en paz, su vida inquieta en sossiego, y, casándome con él, su libertad en la apacible prisión del matrimonio; que él confessava los zelos que le havia dado don Jacinto, pareciéndole excedia el

amor que yo le mostrava, los términos de una amistad sencilla, respeto de lo cual, havia determinado darle muerte en la isleta, donde con color de la caza le havia llevado, y que por esta misma ocasión le dexó en ella, aunque pudiera socorrerle, juzgando á dicha el vengar sus zelos por manos de aquellos bárbaros que ya le havrian puesto al remo; y que assí, pues yendo cautivo estava impossibilitado por entonces de cumplirles lo que les havia prometido,—pues no haria poco en redimir su libertad, para cuyo efeto havia menester para sí los favores que imaginava emplear en otros,—restaurásemos estas pérdidas con recebirle á él, yo por esposo, y Valerio por hermano, que imaginava de nuestra discreción tendríamos ya apercevido el consentimiento y gracias en la lengua, para dárselas en acabando de hablar; que su patria era Sicilia; sus padres, aunque mercaderes en Palermo, con esperanças de fundar en él un mayorazgo cavallerezco; su hazienda, por la parte que le cabia (repartiéndose entre él y una hermana) treynta mil escudos; su edad veynte y nueve años; su amor sin término; y, en fin, que casándose mi hermano con la suya venian á juntar haziendas, casas y sangres; rematando su discurso con que por tener creído no tardaria más en darme la mano que nosotros en responderle, sin saltar en tierra desplegaria aquella misma noche velas al viento.

"Juzgad a[h]ora vosotros, con la turbación que estaríamos don Dalmao y yo oyendo estas cosas y viendo la determinación arrojada del apassionado Capitán, pues de responderle fuera de su propósito era cierta la violencia que el amor y la milicia permiten donde no hay defensa. La discreción de mi amante fué poderosa á encerrar con la llave de la dissimulación, dentro del pecho, el susto que le causó esta proposición, sin que saliessen á la lengua y ojos sino agradecimientos corteses y significadores de lo bien que nos estava tan no merecida ventura. Sólo en mí pudieron las colores, con la equivocación que las acreditava, vender por vergüença honesta lo que era

puro pesar y aborrecimiento. Con ellas dissimulada, acompañé las gracias que le dava don Dalmao; y él, en retorno dellas, me dió los braços que feriara yo por los de un tigre.

"Pedíle encarecidamente que para descansar siquiera una noche de las muchas malas que en aquella navegación y tormenta havia passado, suspendiesse el navegar hasta el día siguiente, y durmiéssemos, la que venia, en tierra. Concediómelo liberal, diziéndome que en pago de lo que desseava servirme, trocássemos las grosseras esclavinas en galas de camino, que él, para su gasto, aplicava las joyas, dineros y vestidos que don Jacinto dexó en la galera, depositado en dos baúles; pues él, como dueño della, heredava lo perdido. A todo diximos que sí. Con engañosas muestras de contento salió á la ciudad, buscó hospedage quieto y proveído, y dexándonos en él aunque contra su voluntad, por no ausentarse de noche de la galera, nos hizo proveer de todo lo que halló regalado en aquel puerto, que no lo es poco. Quedamos solos y resueltos de entrarnos la tierra adentro aquella misma noche, por huir los atrevimientos soldadescos ya declarados. Lloramos de nuevo la pérdida de nuestro verdadero amigo, acrecentando el odio que los desseos de su contrario engendró en nuestros pechos, la ocasión maliciosa que dió á su cautiverio. Cenamos. Y como no pensábamos dormir, serian más de las doze, cuando, desvelado de diferentes pensamientos, el Capitán bolvió á tomar puerto con el vatel, y entrando en nuestra posada por saber de mí la mejoria que havia grangeado la libertad de aquella estrecha confussión de la galera, viendo por entre la puerta luz y sintiéndonos hablar, sospechoso, ó con curiosidad de saber lo que tratávamos, nos azechó por entre sus resquicios, á coyuntura que yo, obligando los desseos amorosos de don Dalmao, le estaba diziendo:

—"Amado esposo mío, satisfecho estáys de que si me dexara llevar del amor que os tengo, y me sacó de mi

patria, me puso en braços de la muerte, y trayéndome hecha juego de fortuna dexó mi honra á la cortesia de las lenguas licenciosas, haviéndoos dado possessión de lo más, que es el alma, no os negara lo menos, que es la del cuerpo. Palabra tengo vuestra, que estimo como tal, de que hasta que la fortuna vencida con nuestra constancia nos mejore, no executaréys el título, que con tanto gusto os di, de dueño de mis pensamientos. Más regalado tálamo merece vuestro amor, más festivos desposorios vuestra nobleza, y más seguridad y descanso nuestro estado. Huyamos a[h]ora deste tirano aborrecible; que aunque tan sin esperança de las comodidades que pido, sufriendo constante, acrecentaréys méritos, cortés, y obligaréys al cielo, vencedor de vos mismo.,,

"No se le perdió palabra al Capitán de las que á mi amante propuse. Y con el furor que causan desengaños repentinos en amor sobre seguro, añadiendo la cólera soldadesca, viendo convertido en esposo el que imaginó hermano, dió, desatinado, dos puntapiés á la puerta, cuya poca resistencia no aguardó al tercero para caer en tierra; y alborotando la hosteria, á tiempo que don Dalmao, desnudando un estoque,—alma del borbón que autorizava su peregrinación,—se apercebia á la defensa, el huésped y su familia estavan cerca del zeloso colérico, con sólo un esclavo de quien se acompañó. Y assí fué casi una misma cosa entrar los unos y los otros en nuestro aposento, diziendo, con la espada desnuda, el desalumbrado Capitán:

—"¡Traydor mentiroso! ¡pagarás con la vida la que me han quitado tus engaños!,,

"Rebatióle mi esposo una estocada que le tiró, y abraçáronse con él todos los que estavan en la possada, llamando á gritos á la justicia. Entraron al ruido cuantos habitavan aquella vezindad, y entre ellos un cavallero de mediana edad, que á caso passava entonces por aquella calle, y preguntando la ocasión de aquel alboroto, el Capitán, que no se hallava con disposición de dezirla ni

vió que se le podia seguir ningún provecho de contarla, desembolviéndose de los que le tenian abraçado, se fué furioso con su esclavo, y sin parar hasta embarcarse ni aguardar averiguaciones de la justicia, en aquel Reyno rigurosa con forasteros atrevidos, ó por no perder con la dama la hazienda de don Juan, que devió de temer le havíamos de embargar. Hizo velas, engolfándose con la desesperación que podéis colegir, y yo no os digo, porque nunca más le vi, ni supe en lo que paró.

"Sossegada, pues, con su retirada aquella confusión, el cavallero que entró á sus vozes preguntó á mi esposo la causa, y satisfízole, contándole lo mismo que al Capitán cuando nos propuso sus amorosos desatinos, previniendo en esto que no le cogiessen en mentira si prendiessen (como imaginamos) al Capitán, porque conviniéssemos con su confessión; añadiendo, demás desto, que la causa de aquel atrevimiento fué,—á lo que sospechamos,—porque después de haver saltado en tierra, azechándonos por la puerta, nos oyó concertar el huir la isla adentro y no quebrar la palabra que á don Jacinto havia dado de esposa casándome con quien tan cruel se le havia mostrado, y que él, zeloso y loco, oyendo estas determinaciones, havia intentado lo que vian. El cavallero lo era en todo, y assí, compadeciéndose de nuestra desgracia, nos consoló y dixo que sossegássemos aquella noche, que él bolveria por la mañana á favorecernos en lo que fuesse necessario. Hizímoslo assi entre consolados y temerosos, lo primero, viéndonos libres de aquel aborrecible loco, y lo segundo, rezelando no nos levantasse algun testimonio á que tan sugetos están forasteros pobres, y tan fácilmente podia provar quien era señor de gente tan perdida y que tan poco caso haze de jurar falso.

"Huyeron las tinieblas de la noche, y á la mañana supimos que havia hecho lo mismo la galera; con que perdido el temor, acabó de tomar possessión la seguridad y el contento. Bolvió el cavallero á las diez, haziendo, á

persuassiones nuestras, diligencias con una barca para buscar á don Juan en la despoblada isla, que fueron escusadas, por no hallar en toda ella rastro dél. Dímosle por cautivo, llorámosle de nuevo, y de nuevo nos consoló don Guillén,—que éste era el nombre del cavallero sardo,—el cual, compadecido de nuestra aflicción, nos dixo:

—"Si como yo, nobles peregrinos, os tengo lástima, pudiera remediaros, á buen puerto havian arribado vuestras desgracias. Impossibilitados estáys de salir desta isla y seguir lo que teníades determinado; y cuando pudiérades, no os assegurara yo de los peligros que la hermosura y pobreza traen consigo. Bolver á vuestra patria con menos desmedro que della salistes, solo ha de servir de aumentar desprecios y murmuraciones, pues ir á otra cualquiera, siendo estraña, correréys la misma fortuna y aun podria ser peor que en ésta. Yo gozo abundancia de possessiones y heredades que en este Reyno me acreditan lo que basta para hazer respetable mi nobleza, puesto que como mi mayorazgo consiste en frutos y ganados, es más á propósito para regalar huéspedes que para socorrer necessidades cuantiosas como las que vuestro remedio necessita. Cuatro leguas de la ciudad de Oristán,- de quien intitulándose Marqués el Monarca de España la ennoblece,—tengo la mayor parte de mi hazienda, dilatada en viñas, heredades, dehesas, prados y bosques, y en ella toda suerte de grangerias rústicas que cercando un castillo, presidente dellas sobre el sitial de un señoril monte, las predomina. Si os parece que con la administración de todas podréys aliviar desdichas y aguardar mudanças, yo me tendré por venturoso, y vosotros conoceréys en estos cortos ofrecimientos la capacidad del ánimo que os lo propone. En el dicho castillo tengo lo más del año mi assistencia con mi esposa y un hijo solo en quien comiença el tiempo á descubrir en flores juveniles la primavera de sus años. Vosotros, si admitís estos desseos, viviréys en una